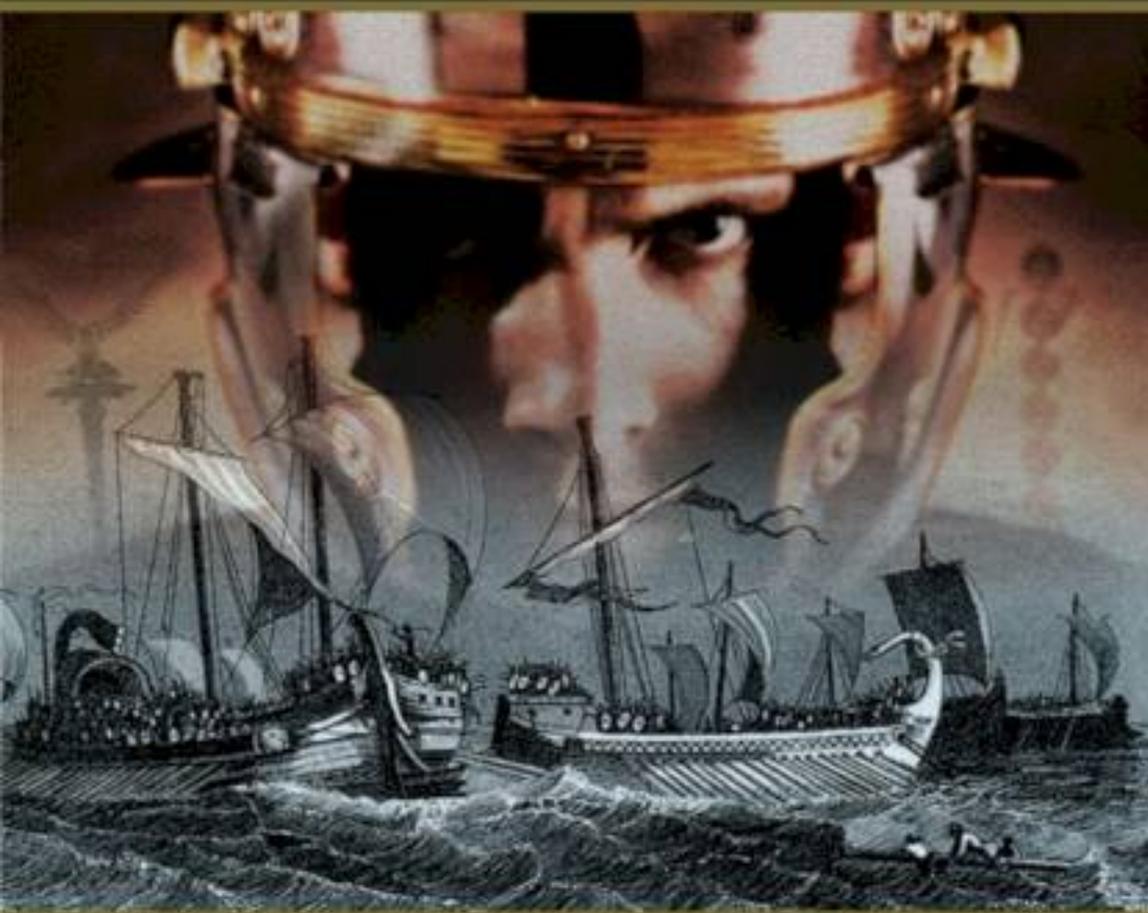


JOHN STACK



CAPITÁN  
DE ROMA

DUEÑOS DEL MAR

— II —

El combate naval entre cartagineses y romanos en el cabo de Ecnomo (256 a. C.) ha pasado a la historia como una de las mayores batallas de cuantas se han librado en el Mediterráneo, y John Stack traza un rumbo implacable y firme desde las primeras páginas de esta novela para llevarnos hasta el centro de esa trepidante y violentísima lucha.

Al frente de la flota romana, el capitán del Aquila, Ático, no sólo se enfrenta a unas bien dotadas y dirigidas fuerzas cartaginesas, que además han contratado como mercenarios a crueles capitanes piratas, sino que tendrá que lidiar con las disparatadas órdenes de un joven e inexperto tribuno que amenaza con poner en riesgo toda la operación.

*A mis hijos Zoe, Andrew y Amy. Os amo.*

## CAPÍTULO I

—¡Boga de combate!

En cuanto sonó la orden gritada por Ático, el *Aquila* cobró vida, con la proa provista de espolón del trirreme romano surcando limpiamente las crestas de las olas y el timbal del jefe de boga dirigiendo las acciones de doscientos esclavos encadenados, una multitud trabajando como un solo hombre. La orden fue repetida en los castillos de popa de las embarcaciones que navegaban alrededor del *Aquila*, y el capitán advirtió con satisfacción que las otrora inexpertas tripulaciones de los barcos situados a los flancos de su galera realizaban la maniobra con celeridad y presteza. Sumaban un total de treinta galeras, todas ellas construidas según el nuevo modelo llamado catafracta, aunque el *Aquila* presentaba sutiles diferencias que la destacaban y ponían de manifiesto su veteranía; cicatrices cerradas producto de escaramuzas ya olvidadas y una tablazón desgastada por un centenar de tempestades.

—¡Dos cuartas a estribor! —ordenó Ático.

Cayo, el timonel, ajustó el rumbo del *Aquila* alineándola con el centro de la bocana del puerto.

La ciudad portuaria de Thermae, bajo dominio cartaginés, disfrutaba de una privilegiada situación tras las envolventes lenguas de tierra que protegían las aguas interiores y sus muelles albergaban una flota de galeras enemigas y barcos mercantes cuyo número era imposible de determinar. Ático se desplazó hasta el coronamiento del alcázar, in-

clinándose sobre la regala para mirar más allá del *corvus*, la rampa de abordaje que entonces dominaba la cubierta en la proa del *Aquila*. Escupió una maldición ante el horrendo artefacto, que estaba fuera de lugar en lo que de otro modo pudiera ser una cubierta proel despejada; además, su reciente adición distorsionaba las líneas de la galera, esbeltas como astiles de flecha.

—Tope... ¡informa! —gritó Ático, mientras sus ojos verdes se desplazaban hacia lo alto, hasta el puesto de observación donde, alzada en precario equilibrio a pocos más de quince metros de altura, se encontraron con la figura de Corino. El miembro más joven de la tripulación era paisano suyo, un griego de la ciudad de Locri. Su agudeza visual rivalizaba con la de un halcón, e hizo una pausa antes de responder para confirmar su estimación.

—¡No más de diez galeras! ¡Un quinquerreme! ¡Apenas veinte barcos mercantes!

Ático asintió volviéndose en busca de Lucio, su segundo de a bordo. La familiar figura del hombre cruzaba el castillo de popa dando grandes zancadas, al tiempo que sus ojos inquietos no perdían detalle de lo que sucedía en la cubierta del *Aquila*, tomando nota de cada acto de la tripulación mientras sus cuarenta y cinco años de edad descansaban con gracia sobre su sólida constitución.

—Eh, tú, Baro —rugió sin detenerse—, caza un codo en la escota de estribor.

El tripulante en cuestión reaccionó de inmediato, y dos hombres más corrieron para ayudarlo mientras se le confería a la vela un grado más de tensión.

Ático asintió hacia Lucio, que enseguida se puso al lado de su capitán.

—¿Cómo ves la situación, Lucio? —preguntó, confiando en la experiencia de su segundo, quien poseía unos conocimientos que parecían requerir el paso de muchas vidas.

—Es tal como se ha informado. Una escuadra. Actividad mínima —replicó Lucio, con el ceño fruncido y la expresión

preocupada.

—¿Y...? —lo animó Ático, percibiendo su inquietud.

—Capitán, ¿cuándo, en toda tu vida, has recibido un informe tan preciso?

Ático asintió, tomando en consideración la opinión tácita de Lucio. Desde la victoria romana en Mylae, hacía ya tres meses de ello, toda actividad enemiga en la costa septentrional de Sicilia se había disipado tanto en tierra como en mar, y los mercantes romanos navegaban cada semana desde Brolium hasta Roma sin encontrar trabas.

Ático miró a babor y al raudo sol naciente situado una hora por encima del horizonte oriental. El astro brillaba blanquecino tras el velo de finas nubes, y la superficie del mar rompía la luz matinal en un millón de esquirlas, destellando una tras otra, obligando a Ático a apartar la mirada y a parpadear para tener una mejor visión. Miró a estribor, hacia un horizonte occidental: igualmente vacío, con la línea de costa desplazándose a lo lejos hasta perderse tras la curva de una lejana lengua de tierra. Era como si los cartagineses no hubiesen hecho sino dejar el norte de Sicilia en manos de los romanos.

—¿Y bien, capitán? —oyó a sus espaldas Ático.

Tito Aurelio Varrón, tribuno y comandante en jefe de las treinta galeras de la flota ofensiva, atravesaba el castillo de popa en su dirección, dejando a un grupo de cuatro senadores tras él.

—Número de enemigos tal como se ha informado, tribuno —contestó Ático, en un tono de voz que destilaba incertidumbre.

—¡Excelente! —replicó Varrón, uniendo las manos en una palmada, sin comprender el mensaje subyacente en tales palabras—. Entonces, bien..., prepara el barco para la batalla.

—A la orden, tribuno —saludó Ático sin que su rostro traicionase ninguno de sus pensamientos privados.

Tito Aurelio Varrón era un hombre joven, que no debía de haber cumplido aún los veinte años, pero su padre era magistrado y un senador importante, y entre los jefes de la flota se rumoreaba que el precio que había pagado por el nombramiento de su hijo fue el rescate de un rey.

Ático sólo podía maravillarse ante lo rápido que se había transformado la marina romana. No hacía ni seis meses que era un contingente provinciano compuesto por una docena de galeras, y los marinos e infantes de marina que servían en sus filas eran tratados con desdén por las arrogantes legiones de la República. Sin embargo, en ese momento la *Classis Romanus*, la Armada romana, la componían más de doscientas galeras, entre naves romanas y barcos apresados a los cartagineses, y la élite de la sociedad romana apreciaba los servicios prestados por el comandante en jefe de sus efectivos. Ático sospechaba que ése era también el motivo de que Varrón hubiese escogido el *Aquila* como su buque insignia, sin duda con la esperanza de emular el éxito de Cayo Duilio, cónsul del Senado romano, que navegó a bordo de esa misma embarcación en la memorable jornada de Mylae.

Ático se volvió a Lucio y repitió la orden del tribuno. En menos de un minuto se arrió la entena y se aferró la vela, asegurándola. La entena volvió a izarse hasta la mitad del mástil y se volteó noventa grados para sujetarla en paralelo al palo mayor. Las galeras que acompañaban al *Aquila* advirtieron enseguida la medida, señal inequívoca de batalla inminente, y la siguieron al punto murmurando la orden a lo largo de la línea.

La flota de treinta galeras se concentró a medida que se acercaba la bocana del puerto, un movimiento inconsciente que afiló la delgada formación en punta de flecha; la maniobra congregó a las naves, debilitando la energía de su avance, atenuando la fuerza destructiva que estaba a punto de desencadenarse contra el desprevenido enemigo destacado en *Thermae*.

\* \* \*

El rítmico golpear de diez mil pisadas atestaba el suelo del valle, acompañado de esporádicos tintineos de metal contra metal al balancearse equipamientos y pertrechos con la repetitiva cadencia de marcha de cinco mil legionarios. Se había asignado la tarea de asegurar *Thermae* a cuarenta manípulos de la Legión IX. Eran los Lobos de Roma, una legión de hombres a los que cegaba la sed de venganza contra el enemigo cartaginés que, hacía apenas unos meses, los había humillado en Makella. Los *punici* habían hecho que la Legión IX se arrodillara bajo la doble presión del hambre y la peste, aislando a sus efectivos en territorio hostil. El bloqueo cartaginés sobre Sicilia había roto la comunicación entre las legiones y las vías de suministros de Roma; sólo gracias a la victoria naval en Mylae se había logrado romper el cerco y liberar a los soldados.

Conjurada la amenaza de muerte por inanición, la Legión IX había recuperado poco a poco su fuerza, y la afluencia de hombres, la llegada de pertrechos, alimentos y demás suministros acabaron con todo vestigio de agotamiento o vulnerabilidad. No obstante, los legionarios habían mantenido las heridas abiertas, sin dejar de arrancarse las postillas para revelar la carne viva bajo ellas, sin permitir nunca que el dolor remitiera por completo, con el propósito de mantener fresca en la memoria la magnitud del precio que habían pagado y alimentar sus deseos de revancha. Su herida sólo podría cauterizarse con el calor de la batalla y cerrarse con la sangre de su enemigo.

Septimio Laetonio Capito, centurión de infantería de marina destinado en el *Aquila*, marchaba con el Cuarto manípulo. Se alzaba en la fila de vanguardia, con su casi metro noventa de estatura y sus cien kilos de peso, pero su zanca-

da iba marcada con una ligera cojera, resultado de una herida sufrida en Mylae cuando su semimanípulo de sesenta legionarios barrió la cubierta principal del buque insignia cartaginés, durante aquella lucha enconada y ganada con sufrimiento. Tras la batalla, Septimio se había encontrado en la primera columna de refresco que llegó a Makella para rescatar a la Legión IX, en cumplimiento de la promesa que había hecho al hombre que marchaba a su lado, Marco Fabio Buteo, centurión del Cuarto manípulo y ex oficial jefe de Septimio hasta que lo transfirieron a la infantería de marina. Marco tenía una docena de años y un centenar más de batallas a sus espaldas que Septimio, pero su paso igualaba al del hombre más joven de la legión y los superaba a todos en disciplina y fuerza de voluntad.

—¿Sucede algo? —preguntó Marco, advirtiendo la mirada de Septimio barriendo las colinas a cada lado de la ruta de avance, y confiando más en la agudeza visual del joven que en la suya propia.

—Nada —replicó Septimio, en un tono que no logró ocultar su desazón—. No hay señales en ningún flanco.

—¡Maldita caballería! —escupió Marco. Le gustaba que Septimio se reservase cualquier comentario de inquietud, consciente de que sus hombres, situados a sus espaldas, podrían oírlos con facilidad.

—Todavía hay tiempo —señaló Septimio, como hablando para sí.

Marco asintió gruñendo una respuesta, y ambos hombres quedaron en silencio.

Septimio llevó su mirada hacia la cabeza de la columna y a la figura a caballo de Lucio Postumo Megelio, legado y comandante en jefe de las Legiones II y IX destacadas en Sicilia. Cabalgaba con la espalda recta y la cabeza erguida, y su mirada bien podría parecer atenta a la ciudad de Thermae, entonces a poco más de un kilómetro y medio de distancia. No obstante, Septimio sabía que sin duda estaba buscando con disimulo a los jinetes del destacamento de

caballería destinado a proteger los flancos de la columna de avance. Salían en labores de reconocimiento cada dos kilómetros de progreso para informar si los flancos estaban despejados durante los siguientes dos kilómetros de marcha. Pero entonces ya se estaban retrasando.

\* \* \*

Amílcar Barca cabalgaba con el pecho a apenas un par de centímetros de la cruz del animal, su cuerpo se amoldaba a los hombros de la montura y caballo y jinete se movían en sincronía. El viento corría a toda velocidad por los oídos de Amílcar y el grueso pelo de las crines golpeaba su mejilla, al tiempo que sus sentidos se llenaban con un cálido olor a cuero y sudor equino. Ladeó la cabeza y miró por encima del hombro, parpadeando con rapidez para apartar de sus ojos las lágrimas producidas por el viento. Tras él cabalgaban quinientos de los suyos, todos cartagineses, montando con el mismo ímpetu que su jefe, pero incapaces de igualar el paso de la yegua árabe de Amílcar, una montura ligera criada en el desierto, veloz y resistente, un animal con un temperamento orgulloso y feroz que lo destacaba entre otras razas equinas y lo hacía superior.

Amílcar devolvió la mirada al frente, evaluando con ojo experto el terreno que se abría ante él, y luego desplazó su peso ligeramente a la izquierda, una señal para que su montura virase y tomara la ligera pendiente que ocultaba a los cartagineses de su enemigo. Los jinetes que le seguían se ajustaron a la trayectoria de su comandante. Una repentina oleada de vergüenza se apoderó de Amílcar mientras cabalgaba, pero en vez de intentar suprimirla, dejó que alimentara su ardor, manteniéndola cerca de su corazón, allí donde moraba su odio por el enemigo. Amílcar había asumido el mando del flanco derecho en la jornada de Mylae y

fue testigo del asombroso revés que sufrió la antaño invencible flota cartaginesa. Fue él quien impartió la orden de retirada general, una orden tan vergonzosa como necesaria que lo deshonró a él y a sus hombres. La ira que sintió entonces se atenuó en parte cuando crucificó a Aníbal Giscón, el insensato almirante de la flota, pero cobraba nuevos bríos ante la idea del enemigo romano situado inmediatamente detrás de su campo de visión. Instó a su montura a incrementar la velocidad, mientras el animal se esforzaba en subir hasta la falda de la colina.

\* \* \*

—Capitán, señales a la flota. Ataque en masa.

—¿Tribuno? —replicó perplejo Ático, girando sobre sus talones para encararse con el joven.

—¡Ataque en masa, capitán! —repitió Varrón, con expresión animada y ojos inquietos, mientras su mirada barría el interior del puerto.

—Pero, tribuno —comenzó a decir Ático con cautela, intentando adivinar la intención del joven—. Los cartagineses están en tremenda inferioridad numérica. Si despachamos a un enviado, quizá se rindan sin combatir.

—¿Rendirse? —replicó Varrón, con una expresión de auténtico sobresalto—. ¿Por qué íbamos a desear que se rindiesen? ¿Dónde está la gloria en eso? Hemos venido aquí para librar una batalla y por los dioses que la tendremos. Ordena un ataque en masa.

Ático asintió, pero le pareció preciso señalar otro elemento importante, temiendo que al tribuno se le hubiese pasado por alto.

—¿Dejaremos una escuadrilla en la retaguardia, tribuno? —preguntó—. Propongo cinco galeras de la tercera escuadra.

—¿Una escuadrilla en la retaguardia? —preguntó a su vez Varrón, con un tono preñado de impaciencia—. El enemigo está allí, capitán —dijo, señalando a proa.

Ático hizo ademán de responder, pero Varrón lo interrumpió.

—Ordena un ataque en masa, capitán, ¡ahora! —gruñó con ojos gélidos y una expresión que ya no era amistosa.

Ático dudó, pues todos sus instintos fruto de la experiencia lo instaban a rebatir la absurda orden. Se quedó atónito ante las palabras del tribuno, hasta que de pronto lo comprendió: Varrón buscaba hacerse un nombre en combate e iba a forzar una batalla total si fuese necesario. Ático evaluó sus opciones durante un instante más. No tenía ninguna.

—¡Lucio, señales a la flota! —ordenó.

Varrón sonrió una vez más y regresó al grupo de senadores, hablando animado mientras caminaba, exponiendo las geniales virtudes de su estrategia.

—Esto es una locura —dijo Lucio, hablando en voz baja al lado de Ático—. Podríamos tomar *Thermae* sin lucha, y no me gusta entrar en un puerto hostil sin tener a alguien vigilando nuestra popa.

—Eso mismo pienso yo —convino Ático, llevando su mirada a las galeras cartaginesas.

Durante quince generaciones la Armada púnica había sido dueña del Mediterráneo, su pericia en el mar y tácticas navales eran insuperables. El *corvus* los había sorprendido en *Mylae*, pero ésa fue la única táctica que los romanos pudieron desplegar. Como Varrón iba a forzar el combate, los legionarios romanos tendrían que abordar con fuerza, tendrían que llevar la lucha a terreno enemigo. Iba a ser una batalla dura pero, más importante que eso, lo que Ático sabía era que iba a ser un absurdo derroche de vidas, un ataque sin sentido e innecesario. Se apartó de la caña del timón y caminó a proa para inspeccionar a los legionarios

reunidos en la cubierta principal del *Aquila*. Antes de acabar el día, su sangre estaría en manos romanas.

\* \* \*

—¡Formad el frente! ¡Desplegad a los escaramuzadores!

Marco comenzó a transmitir la orden impartida en el frente de la columna a su manípulo, una reacción inconsciente fruto de más de quince años al mando. Los hombres se movieron con disciplinada decisión al maniobrar en formación de *triplex acies*, la orden de batalla triple desplegada con los *hastati*, tropas pertrechadas con panoplias modestas, en la fila de vanguardia; los *principes*, más experimentados y con armadura pesada, en la segunda, y los *triarii*, los viejos veteranos, en la tercera. Los *velites*, de corazas livianas y evoluciones en batalla más independientes, rompieron la formación para actuar como escaramuzadores, con sus ligeras jabalinas en la mano mientras se alineaban en el terreno abierto frente a los legionarios desplegados en formación de combate.

Septimio se desplazó sin vacilar a la segunda línea, aunque ya no fuese uno de los príncipes del Cuarto manípulo de la Legión IX, como sí lo fuera en la batalla de Agrigento. Al hacerlo estudió la repentina orden del legado al mandar desplegarse en formación de combate. *Thermae* se encontraba a menos de doscientos metros y parecía mostrar una completa ausencia de actividad. Eso no era en realidad una sorpresa, pues el avance de la legión romana se habría avistado a dos kilómetros de distancia y sin duda la población civil habría ya huido al interior de la ciudad. Sin embargo, lo que no era habitual era que no hubiesen vuelto a presentarse los exploradores de la caballería romana y, puesto que la legión estaba en territorio enemigo, si bien era cierto que para sojuzgar a una ciudad con escasa guar-

nición, según se había informado, parecía prudente desplegarse en orden de batalla en vez de avanzar sin una adecuada labor de reconocimiento. «El legado Megelio es un hombre cauto», pensó Septimio.

En menos de cinco minutos, los cuarenta manípulos de la Legión IX ya se habían desplegado en formación de combate y volvió a reinar el silencio mientras esperaban pacientes la orden de avance. Septimio pestañeó para quitarse una gota de sudor del ojo, dominando el impulso de levantar la mano y frotarse el rostro; la arraigada disciplina de las legiones aún corría con fuerza por sus venas. Su mirada se movió de derecha a izquierda en dirección a los escaramuzadores que entonces estaban llegando a los alrededores de la ciudad, donde los postigos cerrados de los bajos edificios encalados no revelaban nada a los soldados en orden de avance. Observó cómo uno de los vélites daba un rodeo para mantenerse alejado de un perro encadenado, el agudo ladrido del chucho rompió el silencio antes de que un gáñido de dolor cortase el ruido en seco. En el centro de su campo de visión, el camino de entrada a la ciudad estaba ocupado por el destacamento de vélites, con su oficial jefe impartiendo órdenes mediante gestos y todos se preparaban para entrar en la ciudad.

Septimio bajó la mirada, haciendo caso omiso de la orden tácita de vista al frente, en cuanto sintió una leve vibración bajo sus pies. Su mente registró y procesó la sensación en menos de lo que dura un latido, haciendo explotar en él un recuerdo y la correspondiente sensación de peligro. Como para confirmar su temor, un ruido constante comenzó a enseñorearse del ambiente a su alrededor, un ruido semejante a un trueno lejano para los novatos pero inequívoco para un veterano. Su boca comenzó a verbalizar la voz de alarma, pero una docena de hombres destacados en las filas de retaguardia se había adelantado a él, y sus voces se solapaban formando una confusa algarabía, aunque, de todos modos, la advertencia era inconfundible:

—¡Caballería enemiga a retaguardia!

\* \* \*

El sol bajo brilló en los ojos de Amílcar al coronar éste la colina, parpadeó para superar la ceguera temporal y en un instante su mirada abarcó todo el panorama que se abría antes sus ojos. A su izquierda, a poco más de un kilómetro y medio de distancia y a menos de doscientos metros de la ciudad, parecía reinar la confusión entre las legiones romanas, pero el sentido militar de Amílcar le indicaba, incluso desde aquella distancia, que se estaban desplegando en orden de batalla con una perfecta cohesión. Aun así, su mirada no se entretuvo mucho tiempo en el enemigo, sino que se desvió hasta un punto situado justo al otro lado de donde se encontraba, en la otra colina que flanqueaba el acceso a Thermae. Ya se encontraba a media ladera, bajando con todos sus hombres avanzando a sus espaldas, antes de localizar al segundo frente de ataque, la segunda unidad compuesta por quinientos soldados de caballería que se uniría a la suya en el seno del valle.

Amílcar viró su montura hacia el centro del valle y sus hombres se desplegaron en línea de carga galopando a sus flancos. Se irguió sobre la silla, desplazando su peso y bloqueando las piernas alrededor del cuerpo de su montura. Su caballo, yegua veterana de muchas batallas, percibió el cambio y, alzando ligeramente la cabeza, permitió a Amílcar guiarla con las piernas, dejándole así las manos libres de riendas. Llevó un brazo atrás y desenvainó la espada que tenía a la espalda trazando un amplio arco con la hoja, un movimiento fluido que indicaba a sus hombres la inminencia del combate.

El general cartaginés fijó su mirada en la formación romana desplegada a unos novecientos metros frente a él. Se